



REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, *Centro Periodis-tico*, Cinegio, 5, esquina á la calle de los Estébanes, bajo; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Badera, Sanz, Francés, Osés y Menendez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Adminis-tracion de *El Turotense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Mu-rillo, Alcalá, 18.—BARCELONA: Sres. Teixidó y Parera, Pino, 6.—ATECA: D. Demetrio Ortega.—CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redac-cion y Administracion.—Toda la correspondencia literaria y ad-ministrativa se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DE ARAGON, calle de Cinegio, 5, bajo, Zaragoza.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, quince céntimos de peseta.

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta	60	Cuarto de página 16
Media página	30	Octavo de id. 8
		Dieciseisavo de id. 4

En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de quince por ciento; si de seis á ocho veces, una de veinticinco por ciento, y de nueve en adelante, una de cuarenta por ciento. Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del diez por ciento.

SUMARIO.

- I.—*Leonor de Aquitania* (continuacion), por D. Víctor Balaguer.
- II.—*Apuntes biográficos sobre la escuela aragonesa de pintura* (continuacion), por D. Francisco Zapater y Gomez.
- III.—*El Mediterráneo*. (Estudio histórico)
- IV.—*La Libertad* (soneto), por D. Casto Vilar y García.
- V.—*Cantares*, por D. F. B. y G.
- VI.—*Vice-versa* (poesia), por D. M. de Cavia.
- VII.—*Espectáculos*, por X.
- VIII.—*Miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

LEONOR DE AQUITANIA.

(CONTINUACION.)

Quando Luis VII llegó á Antioquia, sólo le quedaba ya una cuarta parte de su ejército; pero como allí reinaba Ramon de Poitiers, hijo de Guillermo de Aquitania y tío de Leonor, los franceses fueron recibidos con alegría y entusiasmo, creyendo el monarca de Antioquia que podrian auxiliarle en sus guerras de Noredino, sultan de Alepo, de quien constantemente se veia hostigado. Olvidando las fatigas y los peligros pasados, todo fueron para los franceses, al llegar á aquella comarca, fiestas y placeres, danzas y torneos, en obsequio y honra principalmente de la hermana del rey de Antioquia y esposa del de Francia, que como versada en las artes de la época, dada al fausto y al esplendor, improvisó allí una verdadera corte, en que dominaban el amor, el mérito y la gentileza, á usanza de las cortes provenzales.

Cuentan que allí fué donde tuvieron origen entre Luis y su mujer las contiendas domésticas que tan funestas consecuencias habian de acarrear á la Francia, pues que «Leonor, dicen los historiadores franceses, cuyo carácter era ligero é imprudente, manchó la dignidad real, y llegó hasta olvidar la fé que debía á su esposo.»

Sin duda se refieren con esto los historiadores á un suceso que voy á contar, con la fé de la única crónica en que lo he leído y de la tradicion que todavia existe y que con poéticos detalles lo refiere.

El jóven Rimbardo, paje favorito de Leonor, se habia distinguido en vários combates contra los sarracenos, quedando en uno de ellos prisionero. La reina queria mucho á su paje, que le recordaba sobre todo su bello pais y la memoria de sus padres, y lo lloró como muerto; pero un dia supo por un prisionero que estaba vivo y en poder de Salha-Eddin ó Saladino, como le llamaban los cristianos. Entonces Leonor, que habia oido ensalzar mucho la cortesía y magnanimidad del jefe de los infieles, le envió un mensajero con una carta en la que le pedia la libertad de Rimbardo, remitiéndole en cambio un riquísimo presente que pudiera pasar sobradamente por rescate. Saladino, aun en la flor de su edad y dominado por caballerescas ideas, fué sensible al ruego de la reina de Francia, y le envió el paje, despues de haberle colmado de ricos regalos para su señora.

«Jóven cristiano—le dijo al despedirle—vé á decir á la reina Leonor, que el gran Saladino te ha devuelto la libertad á su solo deseo, y que nada anhela tanto como poder ver un dia á aquella cuya sola belleza sobrepaja á todos los encantos de las reinas de Asia. Ofrecele, pues, en mi nombre estas telas de oro y este anillo, que yo le doy como prenda de mi admiracion.»

De regreso al campo de los cristianos, Rimbardo contó, con la exaltacion que inspira una viva gratitud, las maravillosas cosas que habia visto en el de Saladino, comunicando su entusiasmo á Leonor, la cual, apasionada por todo lo maravilloso, y cediendo á su espíritu caballeresco, concibió el deseo imprudente de visitar al jóven sultan, y comunicó su proyecto al entusiasta Rimbardo.

Dos dias despues, la reina, no previendo seguramente las consecuencias de su loca empresa, sa-

lia á favor de una oscura noche del campo de los cruzados, escoltada por Rimbaldo y por algunos caballeros leales, en cuya discrecion creia poder contar.

El paje se adelantó para advertir al sultan de los infieles.

Era ya pasada media noche cuando la comitiva llegó al campamento de Saladino, que salió á su encuentro, rodeado de la flor de sus guerreros, todos con vistosos trajes, y á la luz de innumerables antorchas que fingian la luz del sol.

—Alá sea loado,—exclamó el sultan en cuanto distinguió á la princesa;—Alá sea loado, pues que me otorga la dicha de poder admirar la obra maestra de su todo-poderosa mano.

En seguida mandó á dos de sus guerreros que marcharan al lado de la hacanea montada por Leonor.

Todo el campo estaba iluminado, y la tienda de Saladino, chispeante de oro y pedrerías. Al llegar allí, cogió en sus brazos á Leonor, como si no pesara más que una pluma, y la depositó en los lujosos cojines de su tienda, en medio de todos los señores de su córte, que, deslumbrados por aquella meridional hermosura, lanzaban gritos de admiración. No pudo Leonor retener un movimiento de sorpresa al ver tantas maravillas y riquezas amontonadas unas sobre otras en aquella tienda, y volviéndose hácia el sultan, le dijo con el más dulce acento:

—¡Oh Saladino, tú eres el más grande de los reyes! Habíanme dicho que los turcos eran unos bárbaros y su jefe un príncipe implacable y cruel. Sin embargo, como tu mirada no me engañe, veo que tienes á un tiempo mismo la dulzura y la majestad del león. «Saladino, me decian, es horrible y perverso como un demonio.» Ahora veo el error de los que así me hablaban.

—Este día será el más feliz de mi vida, reina de los cristianos, decía á su vez el sultan. Mucho habia oído hablar de tu belleza á los prisioneros, pero ahora veo que es superior á sus elogios. Ninguna de nuestras mujeres te iguala, ¡oh reina! ¿Eres por ventura una de esas vírgenes inmortales que aguardan en el paraíso á los elegidos del Profeta para hacerles gustar las delicias inefables de la dicha eterna? No hay ningún lirio en los jardines de Alep, ni rosa alguna bajo el hermoso cielo de Bagdad, que tengan la blancura y el brillo que resplandecen en tu rostro, y tu mirada es más dulce que la de las palomas de Siria.

La reina Leonor estaba como bajo la presión de un encanto y que por querer seguir hasta el fin su loca aventura, impelida por el deseo de lo maravilloso y de lo novelesco, que tanto embargan el corazón de la mujer, en lugar de retirarse inmediatamente del campamento de los infieles, aceptó, por el contrario, la hospitalidad del sultan, y se quedó un día entre sus enemigos, día que aprovechó Saladino para darle lujosas fiestas, donde desplegó todo el esplendor y magnificencia de los pueblos orientales.

La ausencia de la reina no podia permanecer oculta para el ejército cristiano, en el cual fué motivo de grande escándalo. No fué Luis el último en saberlo; así es que, cuando regresó Leonor, ni

siquiera quiso verla. Verdad es que se reconciliaron, al ménos en apariencia, ántes de hacerse á la vela para Francia, pero el rey no podia ya amar á una mujer cuya imprudencia le hiciera un objeto de escándalo para todos los cruzados, y Leonor habia concebido una profunda aversión hácia su esposo de quien decia que habia nacido para un claustro, pero no para un trono.

Regresó Luis VII á Francia con los mezquinos y maltrechos restos de la que fuera un día tan poderosa hueste, y una vez allí, habiendo perdido en su consejero Suger, abad de San Dionisio, su luz y su providencia, no cometió ya más que faltas que le pusieron á discrecion de príncipes enemigos y celosos de su poder. Olvidó los consejos de su ministro, y fijándose en las galanterías y devaneos de que la voz pública acusaba á Leonor, resolvió repudiarla, haciendo que se juntara un Concilio en Beaugenci. La reina misma salió al encuentro de sus deseos, pues al saber que estaba reunido el Concilio, presentó demanda de divorcio por razon de parentesco. El Concilio, en 18 de Marzo de 1152, declaró disuelto el matrimonio, y el obispo de Langres trasladó la sentencia á la nieta de Guillermo el trovador, poniendo al mismo tiempo en su noticia que se le devolvian todas las provincias que habia llevado en dote á Luis *el Joven*.

Así se vió reducido el reino de Francia á sus primeros y estrechos límites, mientras que no debia tardar, por el segundo matrimonio de Leonor, en ver presentarse un émulo poderoso, al que tomaban por jefe sus enemigos todos, preludio de aquella larga y sangrienta lucha con Inglaterra, que tantos males habia de reportar, siendo causa de la dominación inglesa en las más bellas comarcas de Francia.

III.

Sin disgusto ni pena arrojó Leonor de sus sienes la corona real de Francia, y volviendo á ser duquesa de Aquitania, abandonó la córte y se puso en camino para regresar á sus Estados. Estaba aún en la flor de su edad y de su deslumbradora hermosura, habian vuelto á su poder los grandes y poderosos Estados de Aquitania y del Poitou, y no podian por lo mismo faltarle ni galanes ni pretendientes. Hasta hubo alguno que, aprovechando la ocasion del tránsito de Leonor por su corte, quiso hacerse dueño de su mano, pidiendo á la fuerza lo que no hubiera sin duda alcanzado por el amor.

En efecto, la bella princesa de Aquitania acababa de llegar á Blois, de paso para sus Estados, con escasa compañía y reducida servidumbre, mereciendo los más asiduos obsequios de Teobaldo, conde de Blois y de Chartres, que se esforzó por retenerla en su corte, disponiendo en su honor fiestas y torneos. No tardó en apercibirse la duquesa de que aquellos obsequios iban á distinto fin que el de una pura galantería; no tardó tampoco en conocer que se hallaba poco ménos que prisionera en el suntuoso castillo de Blois.

Su varonil audacia por un lado y el auxilio de su fiel paje Rimbaldo por otro, pudieron sacarla á salvo de aquel apurado tance.

Una noche, Leonor, vestida de hombre, se descolgó por una escala que al pié de la torre del cas-

tillo sostenia Rimbaldo, y entraban los fugitivos en una barca que, surcando el Loire, les conducia hasta los fieles muros de Tours.

Otro peligro la esperaba tambien en su camino. Una compañía de hombres armados se habia apostado en Port de Piles para apoderarse de la rica heredera. La mandaba un valiente y arrojado caudillo, cubierto de hierro, calado el casco y baja la visera, que no era otro que Enrique Plantagenet, duque de Normandia, hijo de aquel mismo Godofredo, ya entonces difunto, que, segun las crónicas galantes habia sido el primero en despertar el sentimiento del amor y el olvido de sus deberes en el corazon de la princesa aquitana. No obstante los rumores que habian circulado acerca de las relaciones de ésta con su padre, Enrique Plantagenet, movido por la ambicion más que por el amor, estaba empeñado en hacer su esposa á la hija de Guillermo de Poitiers y en añadir á los suyos los Estados de aquella opulenta heredera, al objeto de formar con todos juntos un país más fuerte y poderoso entonces que la monarquía feudal de los franceses.

Advertida á tiempo de la emboscada, Leonor, por caminos de travesía y guiada por Rimbaldo, pudo llegar á Poitiers y á su castillo natal de Clain y Boivre; pero entonces Enrique Plantagenet, burlado en su primera empresa, varió de táctica, y con mayor empeño y por otros caminos se dispuso á conseguir el logro de su esperanza y sus deseos.

Abandonó su papel de raptor y se hizo cortesano. Presentóse de repente en la corte de Leonor, y cayó á sus plantas, asediándola con los transportes y galanterias de un violento amor. Era Enrique galan, gallardo y cortés, recordaba con sus facciones, su figura, su valor y su gentileza á su padre Godofredo, y ofrecia á la abandonada princesa una protección fuerte y robusta, sus Estados de Anjou, Maine y Turena, y próximos á realizarse, sus derechos al trono de Inglaterra, como hijo de la emperatriz Matilde.

La mano de Leonor cayó entre las de Enrique, y no bien seca aún la tinta del acta que habia anulado el matrimonio del rey de Francia, á los dos meses cabales, el 18 de Mayo de aquel mismo año de 1152, las campanas de San Hilario el Grande de Poitiers convocaban á la nobleza y al pueblo para la ceremonia nupcial que debia unir á la heredera de los duques de Aquitania con el descendiente de los Plantagenet.

Enrique, por este enlace, se hizo tan fuerte y poderoso, que pudo inspirar serios recelos al trono de Francia y apoyar victoriosamente los derechos de su madre Matilde á la corona de Inglaterra.

Realizado el matrimonio, mientras Enrique, llevado por las alas de su ambicion y los intereses de su política, pasaba á Inglaterra en demanda de aquel trono, Leonor se establecia en su palacio de Burdeos, para luego dirigirse á su hermoso castillo de La Reole, á orillas del Garona, rodeado de extensos parques y de bosques de plantas y flores, que parecian ofrecer á su bella señora las delicias de una primavera eterna.

APUNTES HISTÓRICO-BIOGRÁFICOS

ACERCA DE LA

ESCUELA ARAGONESA DE PINTURA.

(Continuacion.)

Sólo se sabe que en 1620 estaba en el convento de Nuestra Señora de Puig, á dos leguas y media de Valencia. En la sacristia de dicho convento se conservaban cuatro lienzos que representaban el cerco de Valencia por el rey D. Jaime, la entrega de esta ciudad, y la batalla que hubo con los moros en las cercanias de Puig, con la aparicion de San Jorge, cuyos cuadros fueron llevados á Valencia en 1738. En el convento de la Merced de Madrid habia dos cuadros que representaban una aparicion de la Virgen á San Ramon y la decision del pleito que hubo entre los religiosos y caballeros de la orden de la Merced, pintados y firmados por él en 1624 y 1625. En Sevilla pintó un lienzo que representaba á Jesucristo con la Samaritana, sentados junto al pozo, y le firmó: *Frater Augustinus Leonardo hispanus inventor faciebat Hispali die 4 Junii anno Dni 1624.*

En Toledo habia otro lienzo grande que representaba el milagro de los peces, y en la Merced de Córdoba otros dos lienzos. Tambien fué retratista al óleo y sus retratos fueron muy estimados. El que hizo del cronista Gabriel Rocángel le valió un soneto que empieza.

Habla, bulto animado: no tu esquivo
silencio, á tu moderno padre ofenda.

Ejecutó tambien varias obras al fresco de alguna estimacion.

Contemporáneo suyo y residente en Zaragoza, de donde era natural, fué Felices de Cáceres, pintor al temple y de claro: pintaba siempre de primera. Sus cuadros al óleo tenian exactitud en el dibujo, pero el colorido era desagradable. Fué discípulo de Pelegret. Su hijo, más apacible en el estilo, se dedicó con bastante buen éxito á los asuntos sagrados.

Por el mismo tiempo, florecia Francisco Gimenez, que nació en Tarazona, en 1598, y estudió el arte en Roma con bastante aprovechamiento. Fué liberal en pintar, pero no muy correcto en el dibujo, sobresaliendo en el temple y al fresco cuyas obras ha borrado el tiempo ó han perecido en los derribos de edificios que ha habido en Zaragoza. De sus obras al óleo aun se conservan algunas, de las cuales merecen citarse, tres lienzos grandes que están en la capilla de San Pedro Arbués de la Catedral de La Seo, con muy buen colorido: la cúpula de la misma al fresco y una adoracion de los Reyes Magos, copia del célebre Rubens colocada en la capilla de este misterio de la Catedral de Teruel. Falleció en Zaragoza en 1666.

Esta capital en aquella época reunia muchos pintores naturalistas de buen gusto en el colorido, dignos de ser citados, aunque sus obras hayan desaparecido casi la mayor parte. Tales eran Rafael Pertús, paisajista de mérito y que trabajó al temple en 1680 en el aparato para las honras del príncipe D. Baltasar Carlos, que se celebraron en el templo de La Seo, y personificó en él los rios Ebro, Jalon, Huerva y Gállego. De este pintor que manejó el pincel hasta la edad de 84 años, se conservan en los salones de la Real Sociedad Económica Aragonesa tres cuadros representando paisajes, dos de ellos con figuras. Domingo del Camino, pintor aragonés de poco conocimiento en el arte, pero espedito en el dibujo. Su discípulo Antonio Galcerán, que escedió al maestro como colorista, pero no en la gracia y ligereza del dibujo. Miguel de Espinosa, aragonés más correcto en los contornos que Galcerán, y autor de unos buenos cuadros de historia

VÍCTOR BALAGUER.

(Se continuará.)

que ejecutó en 1654 para el monasterio de San Millán de la Cogulla de Yuso, que estaban en el claustro y representan el milagro del pan y el vino y la Anunciación, y para otros templos de Zaragoza su patria. Urzanqui, que nació también en Zaragoza en 1657; Jerónimo Vallejo, que pintó el retablo del pueblo de Valderobres y alguno que otro de escaso mérito.

También sobresalía en la citada época Jusepe Leonardo, de la familia de los Argensolas, nacido en Calatayud según J. Martínez en 1616, y según Palomino en Madrid. Fué discípulo en este último punto de Pedro Cuevas, y pintó cuadros de muchas figuras, con mucha frescura de colorido, corrección de dibujo y bastante suavidad, por lo que fueron apreciados, y gozó de muy buena opinión. Sus obras más conocidas estaban en el palacio del Buen Retiro, y en la actualidad se admiran en el Museo Nacional dos de sus buenos cuadros. Ambos imitan mucho el estilo de Velázquez y representan, uno de ellos, que tiene diez pies y once pulgadas de alto y doce pies once pulgadas de ancho, al duque de Feria con su ejército, frente á la plaza de Acqui, en el ducado de Mantua, año 1616, y el otro, de once pies de alto y trece con ocho pulgadas de ancho, que representa á los marqueses de Spínola y de Leganés, recibiendo las llaves de una plaza en Flandes: otro pintó que representaba al rey Alarico, de cuerpo entero, del cual sólo tengo noticia. Falleció en Zaragoza en 1656 á los 40 años de edad, perdido el juicio de resultas de una bebida que le hicieron tomar.

Dos años despues de la muerte de este apreciable pintor, falleció en la misma ciudad otro profesor nombrado Juan Galvan, natural de Luesia, donde nació el año 1598 de una familia ilustre. Había estudiado en Zaragoza, perfeccionándose despues en Roma, con lo que adquirió bastante nombradía en el óleo y al fresco. En 1624 fué nombrado por el Ayuntamiento de la capital pintor suyo, y ejecutó para la capilla del Nacimiento de la catedral de La Seo los cuadros que representan la Natividad del Señor, la huida á Egipto y Santas Justa y Rufina, en la cúpula de la misma capilla, todos con buen gusto de color y tintas. En el convento de Carmelitas Calzados de Zaragoza había el cuadro del altar mayor que representaba una Sacra-Familia, y varios en el claustro relativos á la vida de San Elías, que también eran suyos. Pintaba siempre sólo y copiando del natural, y así tuvo pocos discípulos; falleció en Zaragoza en 1658.

En 1659, un año despues de la pérdida de este artista, falleció en Zaragoza Micer Pablo, juez de aquella Audiencia Real y pintor de mérito que, aunque por entretenimiento, merece citarse en el número de los profesores. Sus obras fueron escasas y todas para particulares. También falleció en igual año en Toledo el Licenciado Pedro García Ferrer, natural de Alcorisa y capellan del cardenal Sandoval y Moscoso, arzobispo de Toledo, que pintó para aquella Catedral dos cuadros que representan á San Pedro y San Pablo, cada uno con dos ángeles, los cuales á su fallecimiento en 1659 fueron tasados en 30.000 reales.

En esta época de apogeo fué cuando sobresalió Jusepe Martínez nacido en Zaragoza en 1612. Había estudiado en Roma y restituido á su patria por los años de 1640, fué nombrado por Felipe IV á su paso por Zaragoza, en el de 1642, pintor de Cámara; también lo fué de D. Juan de Austria; pero ni estas distinciones ni los favores que ambos le dispensaban pudieron obligarle á seguirlos á la corte. Permaneció en su patria estimado de todos sus paisanos, y falleció el año 1682 con general sentimiento para la Escuela Aragonesa, que desde entónces comenzó á decaer en cierta manera, perdiendo la naturalidad y exactitud en el dibujo. Dejó Martínez manuscrito un libro intitulado *Dis-*

ursos practicables del nobilísimo arte de la pintura: sus rudimentos, medios y fines que enseña la experiencia, con los ejemplares de obras insignes de artífices ilustres (1), en que hace memoria de todos los buenos profesores, así españoles como extranjeros, que hubo en su tiempo. Dejó muchos cuadros que acreditan su gran inteligencia en la pintura, de los cuales se conservan para el público, las pinturas de la capilla de las Nieves en La Seo y los cuatro lienzos de los ángeles del claustro del colegio de la Mantería. (2) También grabó al agua fuerte en 1631 con gracia y gusto pintoresco, el retrato de medio cuerpo de Matías Piedra.

Su hijo Fray Antonio Martínez nació en Zaragoza en 1639, y aprendió el arte con su padre, antes de ir á Roma donde se perfeccionó. A su regreso ayudó á este en varias obras y particularmente en los cuatro cuadros que estaban en el claustro de la Mantería. Fué religioso en la Cartuja de Aula-Dei, en la que falleció profeso en 1690, para cuyo convento pintó varios cuadros de la vida de San Bruno con capricho y agraciado colorido.

Cuando Jusepe Martínez regentaba la Escuela Aragonesa, florecían allí con crédito Bernardo Polo, que se distinguió en pintar flores y frutas del natural, y cuyos lienzos son muy estimados y muy escasos. Pedro Aibar Gimenez, discípulo de su tío Francisco Gimenez y autor de los tres lienzos que se conservan en la capilla del trascoro de la iglesia colegiata de Santa María de Calatayud, de los cuales el de en medio representa la Sacra-Familia y los de los lados el Nacimiento y la Epifanía del Señor; pintados con buen gusto de color, corrección de dibujo y arreglada composición. Un tal Asensio, atinado retratista de damas y caballeros. Bartolomé Vicente, natural de un pueblo inmediato á Zaragoza, donde nació hacia el año 1640. Fué discípulo en Madrid de Juan Carreño, y desde allí pasó al Escorial, en donde permaneció siete años copiando aquella célebre colección que había entónces, con cuyo trabajo adquirió el colorido veneciano parecido al de los Bassanes. Volvió despues á Zaragoza donde enseñó las Matemáticas y pintó varios cuadros de caballete y países de extremado gusto; falleció en dicha ciudad en 1700, dejando, entre otras cosas, las obras siguientes: en la capilla bautismal de la colegiata de Calatayud un cuadro al óleo del bautismo de Cristo, copia de otro de su maestro; en la iglesia de San Lorenzo de Huesca, el cuadro del altar mayor; en la capilla de la Universidad, el que representa la prisión de San Pedro; al fresco, la media naranja y pechinas de la capilla de Nuestra Señora de los Remedios en la iglesia del que fué convento de Agustinos Descalzos, y según D. Antonio Ponz, también eran suyas varias pinturas que había en el claustro del monasterio de San Gerónimo del Prado, cerca de Valladolid. D. Francisco de Vera Cabeza de Baca, caballero aragonés y paje de D. Juan de Austria, nacido en Calatayud en 1637. Sobresalió en los retratos y se conserva además de él una Sacra familia en la sala capitular de la colegiata de Santa María de dicho pueblo; falleció en 1700. Gerónimo Secall ó Secano, pintor y escultor nacido en Zaragoza en 1638 cuyos rudimentos aprendió en esta ciudad, perfeccionándose despues en Madrid, copiando los cuadros del Palacio Real y asistiendo á las academias particulares que los profesores tenían en sus casas. De regreso á su patria

(1) Impreso en Zaragoza en 1853.

(2) Claudio Coello, natural de Madrid, pasó á Zaragoza el año de 1683 y por encargo del Arzobispo Sr. D. Francisco de Gamia, pintó al fresco la cúpula y crucero de la Iglesia y Colegio de los Agustinos, llamado de la Mantería, en que ocupó un año. En la cúpula representa la Santísima Trinidad y en las paredes que forman el crucero de la Iglesia, los santos Simplicio, Fulgencio, Alipio y Patricio. Se retrató á sí mismo en el lado de la epístola.

pintó los cuadros que están en la capilla de San Miguel en la parroquia de San Pablo; el fresco de la cúpula de la misma capilla, y cuatro lienzos para la Sala de la Diputación ó Ayuntamiento; todos con buen gusto de colorido y regular corrección. A los cincuenta años de edad se dedicó á la escultura y se le atribuyen las que están en la capilla de S. Lorenzo de la Metropolitana: falleció en Zaragoza en 1710 dejando discípulos en ambas profesiones. D. Francisco Artiga, natural de Huesca, que pintó con muy buen gusto de color y regular corrección de dibujo unas Sibilas; y una Concepción y varias perspectivas con mucha exactitud. Grabó al agua fuerte y buril, y como arquitecto, trazó y dirigió la obra de la Universidad de Huesca. Publicó varias obras de matemáticas y literatura y dirigió algunas obras de hidráulica en su provincia. Falleció en 1711 y por su testamento dejó fundada en la citada Universidad una cátedra de matemáticas con 125 escudos jaqueses de renta. (1)

El grado de prosperidad á que había llegado la Escuela Aragonesa durante los dos siglos xvi y xvii, no logró conservarse á la misma altura durante el siguiente; pero á pesar de la decadencia en que estaba la pintura en España en aquella época, sobresalieron algunos pintores aragoneses en el colorido y en algunos otros géneros del arte, cuyas obras al ménos mantuvieron el buen gusto y demás cualidades que tanto habían distinguido á dicha Escuela.

A principios del siglo xviii ejercía la pintura en Zaragoza Francisco Plano, pintor y arquitecto nacido en Daroca, el cual, segun dice Palomino, se igualaba en un todo á los famosos Colona y Mitelli. Pintó al templo la sacristia y pieza anterior del santuario de Nuestra Señora del Portillo y la batalla de Clavijo sobre el retablo mayor de la parroquia de Santiago de Daroca, aunque éste último no con gran acierto en la composición y detalle de las figuras.

Contemporáneos suyos fueron D. Pablo Raviella, pintor de batallas muy estimado en su tiempo por sus buenas máximas, pero muy poco correcto en el dibujo, y su estilo muy abreviado, á manera del que usaron Fray Juan Ricci, en Castilla, y Juan Valdés, en Andalucía. Se miran con estimación unos cuadros pintados por él en las capillas de Santiago y San Márcos de la catedral de La Seo, de los cuales, uno de los de la primera capilla representa la batalla de Clavijo y algunos otros que pintó para la iglesia de Trinitarios Calzados de Teruel. D. Juan Almor, que falleció hácia fines de dicho siglo, religioso en la Cartuja de la Concepción, dejando varias pinturas dignas de conservarse y que en 1846 han perecido unas, y otras se han deteriorado con el derribo de parte del convento y casi total abandono en que se halla la Iglesia. D. Carlos Casanova, natural de Ejea de los Caballeros, pintor y grabador de láminas, y uno de los buenos discípulos de Gerónimo Secano; fué pintor de cámara de Fernando VI y murió en Madrid en 1762, dejando grabados muy apreciados por los inteligentes, entre los que se cuentan el retrato del rey D. Fernando VI, el de Fray Miguel de S. José presentando al papa Benedicto XIV su obra de Bibliografía crítica, la estampa del cuadro de San Agustín de D. Sebastian Herrera y los planos y figuras de los viajes de D. Jorge Juan y don Antonio Ulloa; y su hijo D. Francisco, tambien pintor y grabador de láminas en hueco, nacido en Zaragoza en 1734 y que falleció en Méjico en 1778 de Director del grabado de la Real Casa de Moneda de dicha ciudad.

En el año de 1753 ganó el primer premio de la primera clase que repartió la Academia de San Fernando. Entre otras estampas de Francisco Casanova, se cita un San Emigdio grabado en Cádiz en 1756. Fray Miguel Posadas que aunque no residió en Aragón, nació en dicho Reino en 1711, y fué lego en los Dominicos de Segorve, en cuyo convento falleció el 26 de Agosto de 1753. En dicha ciudad se sabe pintó un San Juan Nepomuceno para el retablo de la comunión de aquella Catedral; y otro de San José y de San Blas para el claustro de su convento. Tambien pintó en Valencia para el convento de su orden una Virgen del Buen Consuelo que estuvo sobre la mesa del altar de San Luis.

A los esfuerzos de estos profesores se reunieron los de otros, cuyas obras dieron impulso á las pocas buenas doctrinas que se conservaban, coadyuvando con su talento á los nobles deseos de la Real Academia de San Fernando. D. Pablo Permicharo, zaragozano y discípulo de Hovasse en Madrid, pensionado despues en Roma por orden de Carlos IV, académico de la de San Lúcas, y pintor de Cámara del Rey á su regreso á España, fué uno de estos. Sus cuadros tienen corrección de dibujo y revelan inteligencia del arte; pero se observa una cierta manera que declina en pesadez y quita mucha gracia á las figuras y brillantez al colorido. Cuando en 1752 se creó la Academia de San Fernando, fué nombrado teniente Director de ella, y en 1753, Director, cuyo cargo desempeñó hasta 1760 en que falleció. En la Sala de Juntas de dicha Academia se conserva un cuadro de su mano que representa la muerte de Abel. En la capilla de Nuestra Señora del Pilar en la iglesia del Hospital de Monseerrat en Madrid, existen algunos cuadros de santos: tambien los tiene en la iglesia de San Isidro el Real, y uno grande que representa á San Elías y Eliseo, en el convento de Santa Teresa de la misma villa. En el cuarto bajo del palacio de San Ildefonso hay una copia del Cónclave de los dioses, de Rafael, hecho en Roma, y otro que representa á Agar é Ismael.

D. José Romeo, que nació en Cervera de Aragón en 1701 y estudió su profesión en Roma bajo la enseñanza de Masucci, siguió fomentando tambien la Escuela Aragonesa. Establecido en Madrid se le eligió para el encargo de reparar los lienzos del palacio del Buen Retiro, cuya obra desempeñó á satisfaccion de todos, y murió en dicha villa, de pintor de Cámara, el 15 de Enero de 1772. En el convento de Mercenarios Calzados de Barcelona existió una aparición de la Virgen á San Pedro Nolasco, obra suya.

A estos siguió D. Juan Ramirez Benayides, de Zaragoza, hijo del escultor Juan Ramirez, que le enseñó los principios del dibujo, siguiendo después bajo la dirección de D. José Luzan Martinez. En 1753 fué nombrado individuo supernumerario de la Academia de San Fernando, en vista de un cuadro que representa la eleccion de D. Pelayo para rey de España. Siguió pintando en Madrid bajo la dirección de D. Conrado Giaccuinto. Murió con muy escaso mérito en Zaragoza en 1782, en donde pintó varias obras por el gusto de este maestro.

Don Frey Vicente Pignatelli, Caballero profeso de San Juan, Sumiller de Cortina y natural de Zaragoza é hijo de una de las principales familias de Aragón, merece no sólo como pintor aficionado una particular mención, sino como favorecedor de la escuela de pintura establecida en dicha capital por el escultor don Juan Ramirez, á la cual franqueó su casa para que tuviese un local donde ejercer la enseñanza, consiguiendo además del Rey Fernando VI se fundase una preparatoria de la que fué nombrado primer Consultor. No se limitaron los loables esfuerzos de tan esclarecido patriota á esta sola concesion: quiso se ergiese

(1) Grabó tambien á buril las láminas del *Libro de la moneda jaquesa* que publicó su paisano Lastanosa en 1681. Como arquitecto trazó y dirigió el pantano para riego de las tierras de la inmediacion de Huesca. Los libros que escribió fueron: *Tratados de fortificacion elemental*, con dibujos. *De Aides matemática* MSS. *Elocuencia española*. Una comedia, y la obra, *Blasones de Aragon en la conquista de Huesca y Batalla de Alcoráz*.

una Academia, y con este objeto pasó á la Côte donde, aunque por el pronto no consiguió su deseo, fué muy bien recibido de la de San Fernando, que le nombró su académico de honor en primero de Octubre de 1767, y en 8 de Mayo del año siguiente, de mérito, por el país que pintó al óleo, el cual todavía se conserva. En 1769 fué nombrado Secretario, y Consiliario en 9 de Marzo de 1770, y Vice-protector lo fué hasta el 5 de Setiembre de dicho año en que falleció en Zaragoza sentido y llorado de todos los artistas. La Academia de San Fernando, en el elogio que hizo y publicó de sus virtudes, dijo: «Las artes perdieron con su muerte un profesor que contribuía de todos modos á ennoblecerlas; y los profesores un protector, un maestro, y puede decirse un amigo.»

Don José Luzan Martínez fué tambien pintor y el maestro de los mejores artistas que hubo en Aragon en el siglo XVIII. Nació en Zagoraza en 1740 de familia infanzona y se educó en casa de los señores Pignatelli, quienes le enviaron á Nápoles para que estudiase la pintura con el célebre Maestrolo. Permaneció en Italia hasta el año de 1735, en que se restituyó á su país, y allí fué donde copiando con aplicacion las obras de sus mejores maestros, alcanzó esa correccion en el dibujo que se nota en todos sus cuadros, y la frescura y suavidad del colorido, buen gusto en las tintas, y á plegar los paños.

FRANCISCO ZAPATER Y GOMEZ.

(Se continuará).

EL MEDITERRÁNEO.

ESTUDIO HISTÓRICO.

Después de largas controversias científicas háse llegado á demostrar que la civilizacion, siguiendo el curso del Sol ha hecho lucir sus primeros albores en Oriente, cuna de las primitivas sociedades, extendiéndose después, al compás de los siglos, á las más remotas regiones de Occidente. La primacía de la civilizacion india está ya puesta fuera de toda duda: los sábios arqueólogos que han defendido la anterioridad de la egipcia han tomado, equivocándose por la semejanza, á la hija por la madre. Los vestigios geológicos, la disposicion etnográfica y el demostrado impulso y movimiento de las razas y pueblos primitivos, todo contribuye á la vez á poder asegurar, con grandes visos de fundamento, que fué el centro de la más antigua civilizacion la península del Ganges. Además de las razones aducidas pueden citarse como pruebas casi incontestables de esta verdad los resultados obtenidos en las últimas excavaciones verificadas en las criptas de Ellora y en las ruinas de Mahalipouram, así como las luminosas investigaciones de Colebrooke y de William Jones, que han contribuido á decidir por completo esta cuestion.

Más difícil que demostrar la prioridad de la civilizacion india ha de sernos circunscribir los límites de su esfera de accion. ¿A qué grado de progreso moral é intelectual llegó? ¿Qué hizo y qué pudo hacer para ir realizando los grandes ideales del individuo, de la

familia y de la humanidad? Problemas son estos harto oscuros y difíciles en los que, si bien indirectamente, nos será preciso aventurarnos para dilucidar la siguiente cuestion: La India, siempre activa é iniciadora, ¿lo ha sido tambien en el arte de la navegacion? ¿Le debe éste sus rudimentos, punto de partida y progresos sucesivos?

No vacilamos en contestar negativamente. No; no ha nacido en la India el arte glorificacion del génio y de la audacia humanos, que cuenta un Cristóbal Colon entre sus héroes: la cuna y magnífico teatro, en la edad antigua, de la navegacion es la cuenca del Mediterráneo. Esto es lo que intentaremos probar en el decurso de nuestro modestísimo trabajo.

En su principio ha debido ser la navegacion una de las más temibles empresas del hombre. Entregarse á merced de las pérfidas ondas y de los vientos no ménos inestables, equivalia á sumirse en un sombrío abismo y era, en cierto modo, tentar á Dios. Antes de arriesgar sus vidas en tan arrojadas aventuras fuéles preciso á los hombres escojer el centro más á propósito para tales experiencias y ensayar sus medios de accion, esperando el concurso de las circunstancias más favorables. Nada podia contribuir á tales atrevimientos en los mares índicos. Su extension apenas está limitada en algunos puntos por contadas islas, y la regularidad de los vientos, que es hoy una de las ventajas con que cuentan los que se aventuran en aquellas felices regiones, sería al principio un peligro y un obstáculo, porque los vientos monzones que soplan por la parte del Norte durante seis meses y otros tantos por la del Sur pondrian á los navegantes en la dura alternativa de detenerse en la costa ó de internarse demasiado en aquel desconocido Océano, sin brújula que le sirviera de hilo de Ariadna para seguir con rumbo cierto en tan dilatadas y pavorosas soledades.

De este modo la periódica constancia de los vientos hacía imposible toda tentativa, ora impidiendo la marcha, ora dificultando el regreso; y si á esto se agregan los desórdenes y complicaciones á que las mareas darían lugar, se podrá formar una idea exacta de los invencibles obstáculos que debieron presentarse á los primeros navegantes para surcar los dilatadísimos mares que bañan las costas meridionales del Asia.

Todos estos obstáculos desaparecian en el Mediterráneo. Este, comparado con el Océano, es un magnífico lago sembrado de archipiélagos. Cualquiera que sea el viento á que entreguen sus velas, están seguros los tripulantes de arribar á una hospitalaria orilla. Las bahías y sinuosidades de las costas ofrecen cómodos y abrigados puertos; las brisas son dulces y regulares y amenudo presentan la singularidad de cambiar varias veces de direccion en un sólo dia. A veces surca el huracan su superficie, pero no se fija en ella. Las mareas son insignificantes y el nivel es casi siempre el mismo, de modo que los alternativos ascensos y descensos de las corrientes no contrarian nunca en las bahías la entrada ó la salida de las embarcaciones. Por último, las tierras bañadas por este

mar tienen un cielo límpido y sereno y están acariciadas por los más dulces rayos del Sol. El Egipto, el Asia menor, la Siria, la Italia, la Numidia, la España y la Gália meridional, han convidado en todo tiempo al hombre establecerse en tan magnífico perímetro para formar, en torno de aquella apacible cuenca, un ceñidor de fértiles y abundosas poblaciones. De aquí se deduce que el espíritu aventurero de los pueblos primitivos, excitado por perspectivas más halagüeñas y con el estímulo de riesgos menores, ha debido desarrollarse mejor que en el Océano Índico, en el Mediterráneo. En éste, más que en ninguna parte, debía germinar y robustecerse la necesidad de relaciones intelectuales y de cambios de productos dando origen á las excursiones de los primeros comerciantes y viajeros.

Si el aspecto físico de aquellas regiones justifica esta hipótesis, las tradiciones y monumentos históricos proporcionan pruebas suficientes para apoyarla. Mientras que nada, en los Vedas y en los libros sagrados de la India, delata la existencia de un arte náutico digno de este nombre, hállanse, en los más antiguos monumentos de Egipto, pinturas y relieves que de una manera informe, aunque indubitable, reproducen combates marítimos, abordajes de bajeles, y flotas enteras. Los hipogeos de Biban-el-Molouk, el salon hipóstilo de de Kasnak, el hipódromo de Medinet-Abou, el Nemonium y los templos de Esneh y Ombos conservan aun, en sus antiquísimos muros, vestigios de esta tradición escultural. En los primeros tiempos históricos de Egipto, y hasta en su época mitológica, la navegación aparece como un hecho y como una práctica por todos conocida.

Más tarde, la Judea sigue sus huellas, y Salomon hace célebres las poderosas flotas que envió al legendario país de Ofir, pero entre todos los pueblos que tienen alguna representacion é importancia en la historia antigua, ninguno empuñó el cetro de los mares con tanta autoridad, justicia y provecho como el fenicio. Asentado en una estéril porcion de terreno que, limitado por la cordillera del Líbano, no tenía más de tres leguas de anchura por unas cuarenta de longitud, llegó á ser, en la esfera comercial y por sus progresos en la industria, una potencia de primer orden. Mientras en torno suyo los pueblos hebreo, griego y egipcio hacían una vida contemplativa, religiosa ó artística, la Fenicia se entregó de lleno al completo desarrollo de su actividad material, y tanto llegó á abstraerse en los cálculos de intereses puramente terrenos,—incompatibles con la elevacion de las ideas especulativas,—que los judíos sólo apellidaban á los fenicios, segun se observa en la Sagrada Escritura, impíos, sacrílegos é hijos de Canaan. Tan extraño fenómeno tiene una explicacion harto sencilla: como la Teosofía y y la Teología tienen su origen y desarrollo en una existencia ociosa y contemplativa, un trabajo asiduo y material inhabilita al espíritu para cultivarlas.

Está también fuera de duda, si al testimonio de todos los autores antiguos hemos de dar crédito, que la

Fenicia procuró siempre envolver, en las tinieblas del más profundo misterio, los progresos de su industria y navegacion. El procedimiento que empleaba para teñir la púrpura de Tiro fué un secreto para todos los pueblos antiguos, y en ningun *periplo* ó relacion de viajes se encontraban claramente detallados los numerosos descubrimientos que sus intrépidos nautas hicieron. Tan sólo pueden citarse, como tentativas civilizadoras hechas por la Fenicia, la fundacion, en los litorales asiático, europeo y africano, de colonias cuya grandeza y poderío llegaron á emular los de la metrópoli: tales fueron las opulentas y famosas de Tiro y Sidonia, las de Tarteso, Gades, Carteya, Utica y Adrumeto; y, sobre todo, la de Cartago, cuyo porvenir revistió tan luminosas fases y cuya historia concentró, durante un largo período, todo el interés de la antigua.

Por sí misma ó por medio de sus colonias la Fenicia recorrió las costas del Mediterráneo: traspasó con sus flotas, acaudilladas por Himilcon y Hannon, las columnas de Hércules, límite del mundo antiguo, y llegó hasta las playas donde se recogía el ámbar amarillo. Ninguno de los mares que bañan las costas de las penínsulas ibérica é italiana dejó de ser surcado por las proas de sus atrevidos bajeles; pero no confiaron á nadie la clave de sus descubrimientos ni el origen de sus riquezas. Así sólo se explica que, en medio de su opulencia y prosperidad, carezca de historia la Fenicia, país de accion y de iniciativa que no tuvo ni deseos ni tiempo suficiente para referir las grandes empresas que llevó á cabo. El axioma inglés hoy tan conocido de que el tiempo es dinero (*times is money*), debió ser familiar á los fenicios y constituyó la norma de su conducta. Una nacion muy ocupada y laboriosa carece amenudo de historiadores.

(Se continuará.)

Á LA LIBERTAD.

(SONETO.)

Surgió la libertad, tembló el tirano;
De su injusto furor creció á despecho,
Y se extendió rompiendo el molde estrecho,
Que ciego de impotencia forjó en vano.
Ayudóla de Dios la fuerte mano,
Escudóse en el bien y en el derecho,
Guardóla de mil mártires el pecho
Y hoy su pendon se alza soberano.
Arbusto fué que en la estacion del hielo
Brotó al soplo del cierzo furibundo,
Nueva sávia y vigor le prestó el suelo,
Y hoy es, en ricos gérmenes fecundo,
Arbol que toca con su copa al cielo
Y que cobija con su sombra al mundo.

CASTO VILAR Y GARCÍA.

CANTARES.

I.
Dicen que vas muy contenta
por esos mundos de Dios;
sin duda habrás olvidado
lo que juramos los dos.

II.

Dos cosas hay en el mundo
que nunca podré olvidar:
la mujer que me dió el sér
y la que me enseñó á amar.

III.

Todo concluye en el mundo,
los bienes como los males:
lo que no concluye nunca
es el amor de una madre.

F. D. Y G.

VICE-VERSA.

Con el fuego que irradia en tu semblante,
De espléndida belleza claro espejo,
Deslumbras, Lédia, la mirada amante
Que busca de tu amor algun reflejo.
¡Vana ilusion la de quien fiel te adora
Y en el veneno de tus gracias bebe,
Pues le ofreces, traidora,
Fuego en los lábios y en el alma nieve!
Para castigo de tu cruel falsía,
Demando al tiempo, vengador de agravios...
Hora vendrá en que sientas, Lédia mia,
Fuego en el corazon, hielo en los lábios.

M. DE CÁVIA.

ESPECTACULOS.

Para el caso presente podíamos parodiar el famoso *Declamos ayer* de Fray Luis de León, puesto que el miércoles de la semana pasada hicimos una breve reseña de espectáculos y hoy sábado, por la noche, nos disponemos á cumplir lo que en ella prometíamos, dando cuenta de las postrimerías de una compañía cómica y del *debut* de otra bufa.

Despidióse la que el Sr. Maza dirigia con la preciosa comedia de Breton de los Herreros *Mi secretario y yo* y con el juguete cómico *Quien quita la ocasión...* perfectamente interpretado por el Sr. Riquelme, que al final leyó unas elegantes quintillas despidiéndose agradecido del público de la S. H.—Quiso éste saber el nombre del autor, y resultó serlo el apreciable escritor, ventajosamente conocido en las letras aragonesas, D. Mario Ferruz. El de aquella noche será un recuerdo agradable para este último, para la compañía del Sr. Maza que vió recompensados el mérito real de algunos actores y la laboriosidad y buenos deseos

de los demás, y aun para el público que al día siguiente habia ¡ay! de ver sustituida aquella modesta compañía por la que inauguró sus tareas con la zarzuela bufo-disparatada *El proceso del can-can*.

**

Aquí entra la parte más espinosa, y difícil de nuestra mision. ¿Por qué no añadir tambien que la más desagradable? Si el *Proceso* hubiera de servirnos de único dato para *sentenciar* definitivamente sobre el mérito absoluto de la compañía, bien poco favorable habia de serle nuestro juicio; mas aun cuando por hoy nos lo reservemos en la suposicion de que podrá ser más lisonjero en las restantes zarzuelas del repertorio, no hemos de omitir que el desempeño del *Proceso* en su conjunto fué deplorable: sólo el Sr. Sala cantando, bailando el Sr. Riguet, los trajes y *attrezzo* de todos y lo que pudiéramos llamar *parte expositiva* del bello sexo, salvaron la obra del merecido fracaso, entreteniendo al espectador y haciéndole pasar por alto lo desatinado del libreto y el menguado desempeño que de las primeras y últimas partes obtuvo.

Tambien se pusieron en escena las piezas en un acto *D. Pompeyo en carnazal* y *Por la tremenda*. La primera salió á flote porque el tenor cómico tuvo la precaucion de presentarse en escena horrible y estrepitosamente *feo*, y la segunda nos ha de prestar motivo para indicar á quien corresponda, y animados del mejor deseo que, por fortuna, existe en nuestro público un fondo de sentido moral,—de que por lo visto carecen ciertas populosas y *cortesanías* poblaciones,—que ha de impedirle siempre aplaudir y apadrinar lo absurdo y lo repugnante, tanto respecto á la Moral, que es la que más agraviada sale en estos dos despropósitos, como en lo referente á la Estética.

Robinson, parodia indigna del ingenio del Sr. García Santisteban, aunque justificada por la música juguetona y agradable del maestro Barbieri, era ya conocida del público zaragozano que la habia visto representar á Arderius, Escriú, Castilla y demás *bufos auténticos*: entendemos que ha sido un temerario arrojó, por parte de los que en Pignatelli actúan, ponerla en escena dando lugar, á los que vieron entonces *aquello* y hoy ven *esto*, á inoportunas comparaciones de que no queremos hacernos eco.

La ejecucion del infelicísimo *Crusoe*, naufrago primero y juguete de las iras del destino, víctima de un atentado literario por parte del Sr. García Santisteban más tarde, y últimamente expuesto á la pública vergüenza en las tablas del teatro de Verano, nos recuerdan un diálogo cogido al vuelo, al salir del mismo.

—¿Qué te parece la compañía?

—Hombre! Me parece... numerosa y de *transición*. Creo que sólo nos *divertirá* hasta que terminen las próximas fiestas del Pilar.

—Si así no sucede,—le contestó el primero,—forzoso será convenir en que la empresa de Pignatelli se permite bromas muy pesadas!...—X.